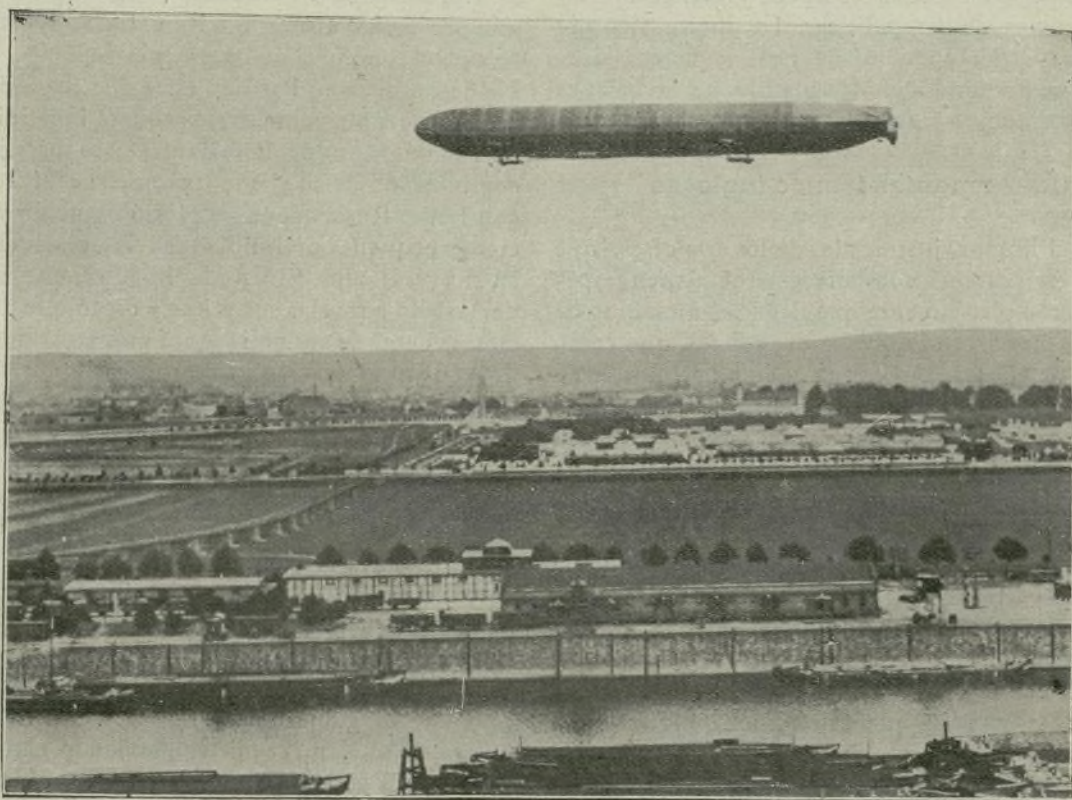


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 105.—BARCELONA 1.º DE MAYO DE 1916



Un «Zeppelin» al regresar de un vuelo sobre Londres

CRONICA INTERNACIONAL

I. Consecuencias previstas.—II. Armonías franco-inglesas.—III El fracaso de la conferencia económica.—IV. Los neutrales

I.—Consecuencias previstas

La invocación del canciller alemán al resurgimiento de las nacionalidades, ha tenido ya las consecuencias que eran de prever. Si los estadistas aliados y su prensa guardan silencio y creen que por tan pueril manera evitarán que los interesados se enteren, se engañan en absoluto. Con verdadero entusiasmo los eslavos oprimidos por Rusia, llámense lituanos, polacos, finalnades o rutenos, van juntando sus esfuerzos para ejercer una acción que, aislada, no tendría ningún valor. Son ya varias las publicaciones, algunas albergadas en la neutral Suiza, que se dedican exclusivamente a esta labor de redención de los pueblos sojuzgados, y sus voces han impresionado a una buena parte de Europa. Se ha puesto al descubierto aquello que Inglaterra y Francia tanto ponderaron hace años y que ahora ocultan por interés propio: la conducta de Rusia hacia los pueblos conquistados. Y la labor habilidosa, que no hábil, de

algunos escritores franceses, ha recibido desde el primer momento su debida sanción; pretendían los tales que era menester libertar a la Polonia alemana y austriaca, y no veían otros pueblos oprimidos que los que se encontraban bajo la autoridad de sus presentes adversarios; los rutenos, polacos, rusos, lituanos, macedonios, flamencos, etc., han protestado contra estos hechos, y no son los últimos en declarar que Alemania y Austria se conducen de un modo mucho más humano que ciertos pretendidos defensores de la libertad y de los derechos de los pueblos.

Oportuna ha sido la palabra del canciller; su honradez queda demostrada con sólo recordar que no vaciló en afirmar que restableciendo los antiguos pueblos quedaría mejor protegida la frontera alemana, es decir, que el beneficio sería tanto para los oprimidos como para los alemanes, con lo cual ha animado más aún a las nacionalidades, porque saben desde ahora que el libertador las protegerá por su propia conveniencia. Que al fin y al cabo no han

existido nunca los quijotes a la cabeza de las grandes naciones.

Esta cuestión no ha dado aún todo lo que ha de rendir necesariamente, y está llamada a producir más de un disgusto a quienes explotaban cómodamente los tópicos de la libertad y de la civilización. Ahora se les va a pedir obras y solemnes compromisos, en vez de artículos de periódico y discursos altisonantes; cada cual, aunque no quiera, tendrá que ir ocupando la posición que le compete y atenerse a las consecuencias de su política. La fuerza siempre triunfará, pero hay medios de restarle poder y simpatías, que puestas en el otro platillo de la balanza pueden conducir a resultados no despreciables.

II.—Armonías franco-inglesas

El mal humor, justificado, de los franceses, que se desangran mientras los aliados que tienen esperanza, esperan eternamente que llegue el momento de obrar, ha herido en lo vivo a los ingleses, que creen muchos de ellos de buena fe que han hecho más de lo que debían y no pueden ni deben hacer más. Inglaterra, exclaman, ha adoptado el servicio obligatorio y ha hecho gastos prodigiosos; pero el tal servicio si efectivamente llega a ser un hecho práctico, a quienes va a favorecer es sólo a los ingleses, que saldrán de la guerra más fuertes de lo que entraron en ella, y los gastos se compensarán con creces el día de la paz, porque no será la industria francesa, ni menos la italiana, la que se encuentre en estado de competir con la británica.

Es tanta la razón que asiste a los franceses, que sus vecinos del otro lado del canal, de tanto ingenio político, se han mostrado esta vez torpes y premiosos; todo su argumento se reduce a invitar a los franceses a no profundizar ni exteriorizar estas diferencias, porque el enemigo común se aprovecharía de ellas; en realidad, de lo que se aprovecha el enemigo común es de la pasividad de los ingleses. Insisten en que se impone la discreción en los periódicos franceses, como si las circunstancias actuales en que la espada lo es todo, hubieran de resolverse con discreciones y palabras y no con hechos y actos.

La visita de algunos llamados intelectuales rusos a Inglaterra no dió los frutos que Londres esperaba, como tampoco los dieron los discursos, folletos y hasta cintas cinematográficas enviadas a Rusia; como Francia está más cerca, se ha invitado a una representación de las Cámaras, como antes a una delegación de la prensa de provincias a visitar la capital británica. No es menester ser un lince para comprender que los efectos de las visitas han sido contraproducentes, porque lo que está a la vista no se puede ocultar, y los franceses han podido comparar el duelo general de Francia con el bienestar y tranquilidad que se respira en Inglaterra. La guerra para Francia es un martirio, mientras que para los británicos es un negocio; esto no hay medio de esconderlo ni de paliarlo, ni valen sutilidades para disfrazarlo.

Si esto ocurre con Francia, fácil es presumir lo que acontece entre Rusia e Inglaterra; pero la prensa del Imperio blanco no tiene libertad para expresarse francamente, y no trasciende fuera el estado de la conciencia y de la opinión nacionales. En épocas de desgracia, las demostraciones literarias y oratorias

tienen poca eficacia; lo que importa son medios más persuasivos, que no pueden ser otros que una resuelta acción militar. Mal que le pese, Inglaterra tendrá que llegar a ella y desenvainar de veras la espada; pero, ¿lo soportará el país, sin protesta, con resignación, ya que no con agrado?

III.—El fracaso de la conferencia económica

Era demasiado burdo el plan de Inglaterra para que prosperase apenas iniciado. La anunciada conferencia económica de las potencias aliadas, que debía de reunirse en París en estos días, ha sido aplazada y probablemente se suspenderá indefinidamente. Francia, aunque de mala gana, se prestaba a la combinación de su aliado, pero no sucedía lo mismo con Italia. Rusia apenas le prestó atención y las naciones pequeñas no influían en las resoluciones ni en sus resultados. Sin duda Inglaterra se apresuró demasiado a revelar sus miras y creyó que la situación general de sus amigos era más favorable para el logro de su aspiración principal. Si Londres se apresuró, gran parte de la responsabilidad de este fracaso recae sobre los financieros, banqueros y grandes comerciantes británicos, que contando con el triunfo de sus deseos dieron a conocer a propios y extraños el alcance exacto de lo que pretendían: la hegemonía económica británica sobre Europa y el mundo entero, fundada sobre la anulación efectiva e inapelable de Alemania.

No ya sus aliados se han opuesto al punto de vista inglés, sino que los dominios han negado su concurso al gobierno de Londres. El Canadá no quiere renunciar a seguir comerciando con Alemania después de la guerra; Australia, aunque se encuentra en otro caso, tampoco ha prohijado la idea londinense, y en resumen Inglaterra es probable que coseche como resultado de aquel impremeditado plan, un nuevo desengaño, semejante al del servicio obligatorio, que le producirá dificultades y disgustos, sin depararle ventajas positivas.

Desapasionadamente juzgado lo acontecido, nada más lógico que este final. En los tiempos que corren, están tan encadenados y enlazados los intereses económicos de todas las naciones civilizadas, son tan necesarias e indispensables las unas a las otras, que no se concibe la existencia general si faltara uno de los miembros, y lo que se pretendía hacer con Alemania era la muerte industrial y comercial de este Imperio. Alemania, como los demás países, tiene unas primeras materias de las que no puede prescindir el mercado universal, desarrolla una intensidad de trabajo que contribuye al desenvolvimiento del mundial, y crea una competencia que impide la tiranía de otros rivales, haciendo que la civilización progrese al compás de la emulación y de la lucha noble y honrosa de las artes de la paz. De este modo, la supresión de una nación tan grande y adelantada como Alemania, y lo mismo podría decirse de Francia, Inglaterra y las demás de Europa, engendraría un desequilibrio que castigaría a todos, menos a la Gran Bretaña, que poseyendo unas colonias y dominios extensos, podría siempre defenderse bien e imponer a los demás, por el precio que le conviniera, sus productos y manufacturas.

El concierto económico que perseguía hubiera

tenido como inevitable consecuencia el poner a las potencias aliadas en el mismo caso que las colonias, y esto no es posible que nadie lo aceptara. Es más, si apremiada y bajo el peso de las circunstancias, alguna de sus aliadas aceptara la propuesta inglesa, apenas restablecida la paz rompería ella misma, movida por el espíritu de la propia conservación y por la necesidad de vivir, el compromiso aceptado en momentos de amargura y de dolor. El mundo no puede vivir sin una Alemania que contribuya a la actividad general; la idea británica es tan utópica como lo sería la destrucción y el aniquilamiento económico de Inglaterra acariciado por Alemania. Celebremos, pues, en aras de la civilización y el progreso humanos, que se haya disipado una tormenta que iba a ennegrecer los horizontes políticos el mismo día que terminara la guerra y que implicaba la raíz de un nuevo conflicto mucho más pavoroso que el actual.

IV.—Los neutrales

El acuerdo comercial entre Rumanía y los Imperios centrales es un hecho. Ya no se puede dudar acerca de la actitud de Rumanía: se pondrá o no con las armas al lado de Alemania, pero no las esgrimirá contra ella. Es casi seguro que mantenga su actitud de neutralidad, aunque todavía no ha pasado la ocasión de su acción militar, ni pasará en tanto no se resuelva la campaña en el S. de Rusia mediante una ofensiva de ésta o de los Imperios centrales; toda vez que Rumanía abandona sus ideas, que las tuvo, de luchar junto a los aliados, se crea para Rusia un peligro evidente, porque si la suerte de la guerra le fuera desfavorable en Besarabia, es difícil que Rumanía se resignara a dejar pasar la oportunidad de una expansión por el Norte, donde habitan tantos rumanos bajo el Gobierno de los rusos. A la vez, el convenio comercial con Rumanía puede despejar la situación creada en la Macedonia griega.

No se concibe un concierto, por limitado que sea, entre Rumanía y los Imperios centrales, sin otro análogo entre la primera y Bulgaria; y esto sentado, los búlgaros no encontrarán ya motivo que les impida tratar de hacer efectivas sus reivindicaciones sobre el S. de la península. En este punto aparece en el tapete Grecia, que tratada inconsiderada y arbitrariamente por los aliados está deseando una ocasión favorable para recobrar su personalidad, sinónima de nacionalidad. En este acuerdo entre Grecia y Bulgaria está la dificultad del problema, porque los intereses de ambos Estados son difícilmente conciliables. A expensas de un tercero, que sería Serbia y en último término Albania, cabe la armonía; no hay duda que las negociaciones diplomáticas van por este camino desde el mes de diciembre. En las últimas semanas, la actitud de Italia, notoriamente contraria a Grecia, ha favorecido a los germanos, porque los griegos no pueden desconocer en modo alguno los peligros que para ellos significaría una victoria de los aliados. La diplomacia de la Entente se ha conducido con poca habilidad, por no decir que con mucha torpeza.

Suecia no oculta sus simpatías hacia la causa alemana. El discurso del canciller ha hecho revivir en los suecos el sentimiento público en favor de la re-

incorporación de Finlandia, y Rusia ha advertido este estado de opinión y considera a los suecos poco menos que como enemigos. Sin embargo, sería menester que el ejército alemán avanzara mucho hacia Petrogrado, para que la hostilidad de Suecia se hiciera presente en el terreno de los hechos.

En lo que atañe a Holanda, se ha despejado la incógnita. El pequeño reino se preparaba contra Inglaterra; temiendo, tanto un desembarco de tropas aliadas en las costas, como la imposición de los británicos para que Holanda subscribiera los acuerdos franco-ingleses conducentes a poner término al comercio de Alemania con sus países limítrofes. Se han conjurado ambos peligros, y Holanda conservará su tranquilidad, pero sin olvidar que Alemania no la amenaza y en cambio la enriquece, mientras que Inglaterra pretendía arruinarla e inferirle un golpe mortal.

La entrega de material de guerra por parte de Alemania a Suiza es tan significativa que no es menester encarecerla. El gran Imperio no teme nada de la pequeña confederación, y sus motivos tendrá para mostrarse tan despreocupado, y Suiza, a la que ya se pretendió por parte de Francia ponerle barreras para su comercio, ve que tiene una de sus puertas abiertas, mientras que por la otra asoma un vecino que no le brinda ningún beneficio. Tampoco saldrá de la neutralidad, pero no es poco que la mantenga con más benevolencia hacia uno de los bandos, o siquiera por igual hacia los dos.

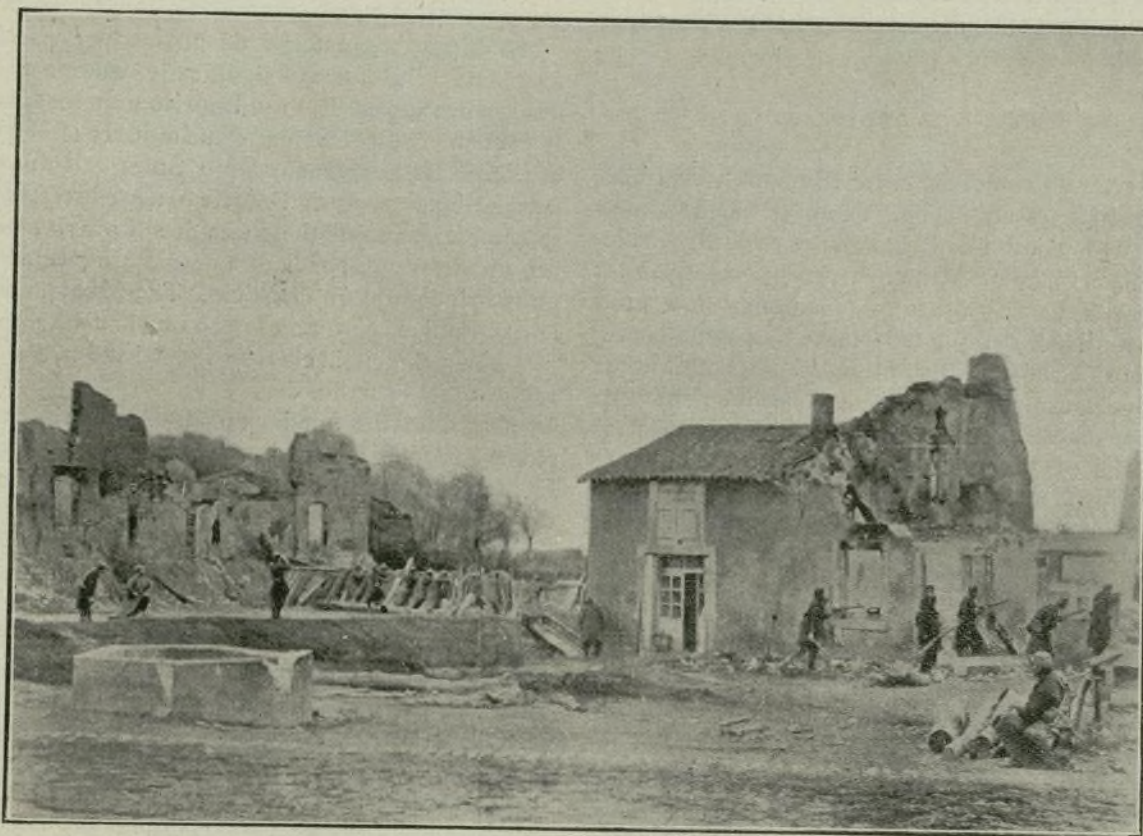
Esas simpatías que ha ganado Alemania en naciones europeas hasta ahora neutrales y que probablemente lo seguirán siendo, no es una circunstancia despreciable ni deja de pesar mucho en el resultado de la contienda. La guerra ha degenerado, después de tantas matanzas, en una verdadera lucha de opinión; son los pueblos beligerantes, más que sus gobiernos, los que pondrán término a la lucha, y es indudable que el modo de sentir de los neutrales ejercerá hondos efectos sobre los sentimientos de los pueblos en armas. Por eso todos los beligerantes ponen tanto empeño en cultivar la amistad y simpatía de los neutrales, aparte de que estas simpatías serán una base inapreciable para reanudar las relaciones comerciales el día que se restablezca la paz.

No habrá, pues, adelantado mucho Alemania en su campaña militar durante el invierno, pero hay que reconocer que su diplomacia no ha permanecido ociosa y que ha obtenido éxitos de que se ha visto privado el bando adversario. Con todo, no hay que atribuir a la sagacidad de los políticos alemanes el resultado conseguido; ello se debe principalmente a la exageración de propósitos de los aliados, al desprecio con que han tratado últimamente a ciertos pueblos débiles y al egoísmo que no han tenido la precaución de ocultar o por lo menos disimular. Las campañas de prensa y los discursos, pudieron en los primeros meses llevar la confusión y la duda al ánimo de muchos neutrales; después, los hechos han hablado en voz más alta e inconfundible, y quienes conocen sus intereses poseen elementos de juicio más que sobrados para saber a qué atenerse y tomar la posición que les conviene. La ficción no puede ser eterna ni llevar a resultados duraderos y permanentes; tal vez ha sido éste el mayor error de los aliados. Las cantinelas de defender la libertad del mundo, el

derecho de los oprimidos y la civilización, cautivaron a los que nada tenían que perder en el conflicto; más tarde, los acontecimientos y la conducta de cada cual de los actores, arrojaron haces de luz sobre los móviles de unos y otros, y no hubo discurso ni literatura que resistiera a la verdad. También el estado de cansancio producido por la duración de la guerra ha hecho que las pasiones se calmen, que se imponga el juicio, que se aprecien las cosas con más imparcialidad y, ante todo, que se separen los intereses propios, tal como son, de aquellos otros intereses, que, siéndolo sólo de los aliados, se nos presentaron tanto tiempo como universales. Sabemos ya todos lo que nos conviene, sin necesidad de que vengan de fuera mentores que nos lo digan, mentores que dan el triste ejemplo de no saberse entender dentro de su

inectivas lanzadas por aquellos caballeros de esforzado pecho y fuerte brazo, cuyas proezas morían en flor, segadas por las balas de los mosquetes y arcabuces. El valor individual quedó supeditado al efecto material de los proyectiles, y el más cobarde y menguado triunfó fácilmente del más noble y bravo si contra la espada de éste podía esgrimir una buena arma de fuego.

Los proyectiles han sido objeto, y lo están siendo, de constantes y no interrumpidos progresos, conducentes, sin excepción, a aumentar sus efectos destructores. A las balas lisas substituyeron los proyectiles explosivos; vinieron enseguida los que se fragmentaban en mil pedazos y además arrojaban una lluvia de balines, y posteriormente se les ha hecho todavía más eficaces mediante el desprendi-



Tropas francesas defendiendo las ruinas de una aldea, en las líneas de Verdun

propia casa; cuando la arreglen y pongan en orden, podrán pensar en entrometerse en la ajena, si se les permite.

F. LARIN.

EL DERECHO Y LOS NUEVOS MEDIOS DE GUERRA

Al juzgar los novísimos elementos de guerra y sus efectos, nos dejamos llevar de la costumbre. Todos los que estamos habituados a ver y presentir, nos parece natural y hasta humano, mientras que no titubeamos en lanzar el vocablo «criminal» u otro peor cada vez que aparece algo que desconocíamos. Lo mismo ocurrió, sin duda, cuando la maza y la lanza o la pica encontraron un terrible competidor en la honda, y ésta en el arco, y el arco en el arcabuz.

Llenos vienen los libros de la edad media de las

miento de gases tóxicos. Se tiende a que un solo proyectil sea capaz de poner fuera de combate un número de hombres siempre creciente, y nadie lo extraña ni lo recrimina; al contrario, los inventores son premiados, inspiran noble envidia y les rodea la admiración general.

Pero si esos mismos gases tóxicos, en vez de ser difundidos por los proyectiles al estallar, son proyectados directamente por aparatos especiales, que no sean cañones, entonces, ¡ah! entonces, todos los dictérios son pocos para calificar cual se merece el salvajismo de quien apela a estos medios. Por lo visto, es más humano que los tales gases vayan acompañados de una granizada de balines y cascos de granada.

De igual manera, la caída de un proyectil disparado por un cañón se considera un hecho natural y propio de la guerra; en realidad debe ser así, puesto que sin los tales disparos no se concebiría hoy la

lucha. Pero si el proyectil es arrojado desde lo alto por un zeppelin cualquiera, la cosa cambia de aspecto y merece la reprobación universal. El hombre, que tanto se jacta de su superioridad, bien mirado es simplemente un niño, que discurre por lo que está acostumbrado a presenciar ó le han contado, y no con las plenas facultades de su entendimiento, libre y maduramente ejercidas.

Los submarinos y los zeppelines, por ejemplo, hay quien cree que están fuera del derecho internacional y repugna a los sentimientos humanitarios. El llamado derecho internacional es sencillamente la recopilación de las prácticas vigentes y aportadas por la experiencia de las guerras pasadas, y es claro que en él no puede figurar nada que haya aparecido después. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos,

y ahora se lamentan de que los zeppelines hagan lo mismo. Pretenden establecer una distinción que no resiste el más somero análisis. El adversario está siempre fuera de la ley y ellos dentro; si dijeran que la tal ley es la del embudo, estaríamos todos conformes.

Un ejército ocupa un pueblo, una aldea o una ciudad, donde habitan personas pacíficas de los dos sexos, y para arrojarle de ella el enemigo rompe el fuego de artillería. Los proyectiles, que no hacen excepciones, hieren a personas indefensas lo mismo que a los combatientes, pero como la necesidad militar es patente, nada hay que reprochar ni objetar. Hace cientos de años, en todos los sitios de plazas y en la guerra campal, que se observa esta práctica y estamos acostumbrados a ella; no nos sorprende ni



Desembarco de tropas indias en el canal de Suez

que en lo sucesivo no se incluya en el flamante derecho lo que en el orden positivo existe y no puede menos de emplearse.

En esto presenciamos un fenómeno curioso. Cuando los bombardeos de ciudades tienen lugar por aviones, no se comete, al parecer, ningún atentado contra la humanidad, pero si lo efectúan los zeppelines, el crimen es innegable. Ello obedece a que los definidores del derecho, es decir, los beligerantes que se creen capacitados para discernir lo que es bueno y lo que es malo y niegan a los demás autoridad para hacer lo mismo, se creían al comienzo de la guerra más fuertes en aviación que sus adversarios, y, por consiguiente, les pareció que era loable o, por lo menos, disculpable y justificado el empleo de los aeroplanos como armas de guerra; no sospechaban que los zeppelines dejarían muy atrás la acción de los aviones. Dedicáronse a lanzar flechas y granadas y a bombardear ciudades enemigas,

nos indigna, sólo nos conmueve y apiada la suerte de los infelices habitantes. Pero si un zeppelin visita una ciudad o cruza los mares y va a llevar la destrucción más allá de las líneas de fuego, rebosa la reprobación y todos los anatemas son pocos.

Supongamos que un ejército alemán sitiara París o que hubiera desembarcado en las costas inglesas y puesto cerco a Londres. Su artillería no estaría ociosa, batiría con ardor las defensas del sitiado y no pocos proyectiles, cosa inevitable, arribarían a la ciudad, si ésta no se rendía antes. Sería aquella una de tantas contingencias de la guerra, tristísima, lamentable, cuanto se quiera, pero al fin y al cabo necesaria y disculpable. Pues si la ciencia ha progresado hasta el punto de que para batir una plaza fortificada o defendida no es menester que el ejército se acerque a ella, ¿por qué repugnar lo que de otro modo entraría en la esfera de lo admitido hasta aquí? No hay diferencia entre el hecho de que una

bomba caiga desde un zeppelin o sea arrojada desde un barco o lanzada por una batería de tierra. Si París es plaza fuerte, tiene que ser atacada en cuanto el enemigo pueda, y lo de menos es que se la ataque desde el nivel del suelo o por encima de él. Se arguye que los bombardeos de los zeppelines tienen como objetivos los barrios ciudadanos, mientras que la artillería de un ejército de ataque dirigiría sus disparos contra las defensas militares. A esto objetan los alemanes que ellos batan exclusivamente los establecimientos y obras de carácter militar, aunque no pueden evitar que algunas bombas se desvíen y vayan a la población. Será cierto o no lo será, pero nadie podrá negar que lo mismo ocurre con los bombardeos de las poblaciones fortificadas, por las baterías del sitiador. Por lo demás, sería pueril admitir que las granadas y bombas arrojadas desde los aviones por unos beligerantes, caen siempre sobre tropas y fuertes, mientras que las que reciben del enemigo van indefectiblemente a causar estragos en la población y los edificios civiles. Los hombres son los mismos, los proyectiles también, las causas del desvío de las bombas igualmente y los resultados no pueden diferenciarse.

En el fondo, los clamores contra los ataques de los zeppelines reconocen otro fundamento. Inglaterra se ha protegido hace siglos con su escuadra y se ha creído capacitada para llevar la guerra a todas las partes del mundo, menos a su casa. Al estallar el presente conflicto, despachó un ejército a Francia, y con ello se creyó al abrigo de una acometida; necesaria y forzosamente el enemigo tenía que aceptar el reto y acudir al terreno a donde le llamaban. La Gran Bretaña quedaría libre de peligros y cuidados, y prácticamente fuera del área de la guerra. Los zeppelines han demostrado que esta creencia era ilusoria, que si los alemanes no desembarcaban en Inglaterra, sus proyectiles llegarían a ella transportados por el aire, y al ver los ingleses que ellos también han de padecer los males de la lucha, declaran fuera del derecho lo que está comprendido dentro de él para los pueblos que no se llaman Inglaterra. Creían y esperaban que el mar fuese una valla infranqueable, y no lo ha sido. Tienen motivo que les sobra para desesperarse, pero no para condenar lo que otros admiten y lo que ellos mismos están haciendo con varias poblaciones belgas, macedónicas, turcas, etc. Era antes un obstáculo efectivo el mar; ya no lo es; los ingleses pretenden que lo siga siendo, aunque con carácter convencional. El deseo es inocente.

Si Inglaterra dispusiera de una flota poderosa de dirigibles, no los tendría guardados, como no tiene sus aviones, en sus parques, por consideración o respeto a cruzar el Océano. Si ella lleva su acción a todas partes, es lo más natural que el enemigo la lleve a Inglaterra, aunque exponiéndose, lo mismo unos que otros, a que una bomba lanzada contra un cuartel caiga y estalle en una casa de banca. Ni más ni menos.

Con los submarinos ocurre lo mismo. Es indigno y artero, se dice, que escondiéndose bajo las aguas un submarino, ataque y eche a pique a un barco de combate. Eso no es noble ni caballeresco. La nobleza está, sin duda, en exponerse al fuego superior del acorazado, para irse al fondo del abismo antes de

lanzar el torpedo; a eso se le debe llamar tontería y no nobleza. ¿Obra así Inglaterra?

Todos sus esfuerzos navales se enderezan al mismo fin: obtener un tipo de barco y una potencia artillera tales, que sea posible echar a pique al enemigo antes de que éste nos pueda ofender con su fuego. Por otro camino, Inglaterra ha buscado la impunidad en el ataque, y a ejemplo de ella, los demás países; los alemanes, con menos gastos, hacen lo mismo, sólo que en vez de perseguir el aumento de potencia ofensiva, toman como manto protector algunos metros de agua. Y los ingleses que tienen más submarinos que los alemanes, no se han quedado atrás. En el fondo se trata de que Inglaterra tiene más que perder que Alemania, en lo que toca a navegación, y, por consiguiente, está más expuesta y es más vulnerable; no le conviene la guerra submarina, y protesta contra ella. Ocurriera lo contrario y sería de oír lo que dijera.

Entre un ataque submarino y el ataque de nuestra escuadra en Filipinas, por ejemplo, por la norteamericana, consideramos más noble el primero, porque, por lo menos, el submarino se expone en su navegación, peligrosa aun en tiempo de paz, mientras aquella escuadra destrozó nuestros barcos como en un ejercicio de tiro, poniéndose fuera del alcance de nuestros cañones. La justicia obliga a reconocer, y con ello damos pruebas de una imparcialidad que deseáramos compartieran los actuales beligerantes, que si la escuadra norteamericana se encontró con una ocasión magnífica para derrotarnos, debió aprovecharla, y hubiera obrado torpemente de lo contrario; pero asimismo, el ataque submarino es tan legal y noble como otro cualquiera. El caso de Cavite se ha repetido después muchísimas veces; no hicieron otra cosa los ingleses en la batalla de las islas Malvinas, que no vacilaron en inscribir en los fastos más gloriosos de su historia naval.

En cuanto al torpedeamiento de los barcos mercantes, el asunto es tan complejo y delicado, que será preferible, para juzgarlo con justicia, que se seren en las pasiones, esto es, que termine la guerra y transcurran algunos años en paz. Será oportuno, sin embargo, un recuerdo. Casi diariamente leemos como una hazaña meritoria de los rusos, que echan a pique docenas y cientos de veleros turcos; los periódicos ingleses encuentran el hecho natural y loable, porque hay que destruir al enemigo e impedir que lleve vituallas a Trebisonda y los puertos del mar Negro; por ventura, ¿se diferencia en algo lo que hacen los alemanes con los barcos que se dirigen a Inglaterra o parten de ella? Y esto, prescindiendo de los proyectos de los aliados de hacer perecer de hambre a los Imperios centrales, donde predominan en este momento las gentes pacíficas y no combatientes.

Como síntesis, se puede establecer que Inglaterra, creyéndose al abrigo de las asechanzas enemigas, por rodearla un mar henchido de poderosos acorazados, se esfuerza en poner fuera del derecho y de los sentimientos humanitarios todo cuanto la perjudica, pero no lo que perjudica y daña a las potencias continentales, llámense éstas como se llamen.

CÓNVERSACIONES DE LA GUERRA

De cómo las lanzas se vuelven cañas

(El señor A).—¡Átrévase V. a negar el fracaso de los alemanes en Verdun!

—¡Dios se los aumente y los haga más frecuentes, señor A.

(El señor B).—¿Ha cambiado su manera de pensar, don Subrio? ¡Ya era hora!

—No ha sonado todavía la del fracaso definitivo, pero, al paso que vamos, sonará, y aquel día se engalantarán con colgaduras todos los balcones de Francia, menos, naturalmente, los del Norte y, no hay que decirlo, los de Verdun.

(El señor B).—¿Por qué esa excepción? ¿Quiere V. decirme el motivo?

—Porque los alemanes no acostumbran a perder el tiempo en esas menudencias.

(El señor B).—¿Los alemanes, dice V?

—¡Claro! Pues ¿quién, sino ellos, se hospedarán en Verdun el día del gran fracaso?

(El señor A).—Está más claro que la luz del día, que los alemanes son rechazados en cuantos ataques emprenden. No creo que lo niegue V.

—Vengo leyendo los periódicos franceses desde el 22 de febrero, y gozo extraordinariamente con lo que nos cuentan. Todos los días, bajo titulares de medio palmo, que pregonan la victoria, afirman que ha fracasado la ofensiva alemana, y la verdad es que tienen razón en los párrafos finales, que son los que contienen la afirmación del fracaso alemán.

(El señor A).—¿Y no en los anteriores, en los primeros?

—Todavía más. ¿V. sabe cómo argumentan los estrategas que han tomado a su cargo la misión de tranquilizar al *bourgeois*, señor B?

(El señor B).—No; ya sabe V. que sólo leo la prensa inglesa.

—Pues es muy sencillo. Comienza el discurso diciendo: Hemos evacuado tal o cual posición, que resultaba muy expuesta, con objeto de batir mejor al enemigo que la ocupa. Los alemanes han atacado enseguida nuestras nuevas posiciones, que son más fuertes que nunca, y han sido sangrienta y victoriosamente rechazados. Aderece V. estas explicaciones con un poco de fuego de detención, eche V., como si fuera sal, unas pulgaradas de que esto, lo otro y lo de más allá no era importante o estaba en el fondo de un pozo, incluya la lista de las posiciones que aún conservan los franceses, pero que están en el camino de perdición, y tendrá V. la estrategia del general X, del coronel Y y del capitán Z. Los alemanes fracasan y los franceses retroceden, esto es todo. Sin embargo, el ciudadano, que no entiende de esas estrategias, está ya escamado, porque no comprende cómo se puede vencer y marchar hacia atrás. Son unas matemáticas que no le caben en la cabeza. Si poseyera conocimientos profesionales, de seguro estaría más alegre que ahora; como no los tiene, de vez en cuando se lleva la mano a la cabeza, a comprobar si le queda pelo.

(El señor A).—Una nación de cuarenta millones de habitantes, Francia, tiene en jaque a otra de setenta millones, Alemania. Si esto no demuestra el

heroísmo francés y la impotencia de los teutones, que venga Dios y lo vea.

—Eso no lo ha discurrido V., señor A; lo ha dicho antes aquel centenario que no da pie con bola, aunque se le ha olvidado un pequeño detalle. Los setenta millones de alemanes derrotan y ocupan pingües territorios rusos, belgas y franceses, lo que quiere decir que no sólo pelean contra los cuarenta millones de franceses, sino contra ochenta millones de rusos—la mitad del total y dejó la otra mitad para los austriacos—treinta y cinco millones de ingleses y quince o veinte belgas. ¿No se avergüenza V. de la proeza que supone el no poder derrotar Francia, con el apoyo de Inglaterra, Rusia, Senegal, Marruecos, Argelia, Túnez y demás pueblos amantes de la libertad y del progreso, a la mitad de Alemania? ¡Hay para desmayarse, señor A!

(El señor A).—Esa relación de pueblos, a la que debe V. de añadir los nombres de Italia, Serbia, Montenegro, Portugal y Bélgica, comprueba, sin necesidad de mayores demostraciones, que el mundo está harto de la tiranía germana; acabaremos con ella; en las Conferencias de París hemos tomado nuestras medidas.

—Ya he visto, señor A, que se proponen ustedes nada menos que impedir, cuando se restablezca la paz, que los neutrales comercien con Alemania, sin duda para proteger mejor a los pueblos débiles. ¿Quién, ni con qué derecho les entromete a ustedes con los espectadores? Aguanten ustedes mecha y traguen saliva, que es en lo único que pueden entretenir los ocios entre retirada y retirada; cuanto menos se acuerden ustedes de los neutrales, tanto mejor... para ellos y para ustedes.

(El señor A).—Tenemos el deber de impedir que la codicia alemana...

—No ignorará V. lo que le ocurre al que se mete a redentor.

(El señor A).—Si no a las buenas, los neutrales tendrán que doblegarse a las malas.

—No me haga V. reír, señor A, que los tiempos del espantajo han pasado para no volver; pónganse ustedes las cataplasmas, emplastos y vendas que tanto han de menester, funden hospitales y asilos, y no quieran ponerse moños. Cada cual en su casa... menos los alemanes, que se encuentran muy a gusto en la de ustedes.

(El señor A).—V., don Subrio, no tiene idea de nuestras fuerzas...

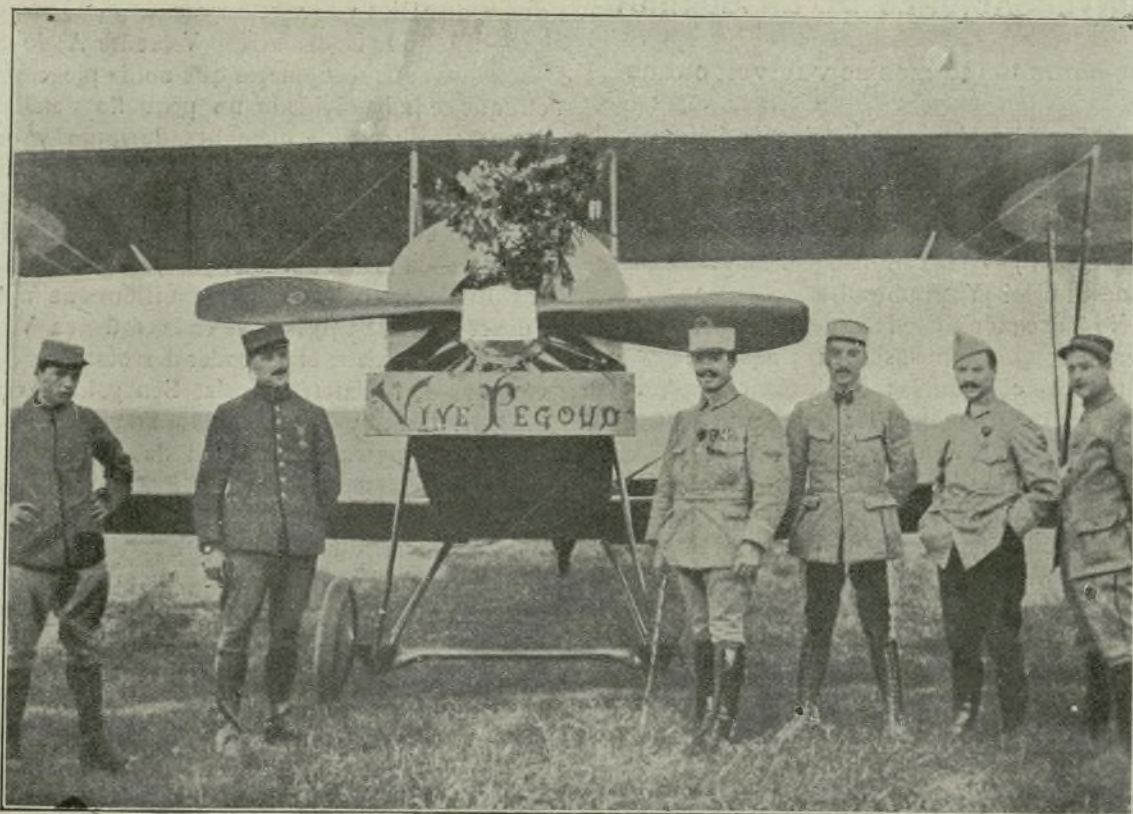
—¡Brrr...! ¡Qué miedo! ¡Pobre inválido, la bilis le hace soñar! Tome V. un poco de tila... después de lo otro, de lo de Villadiego; si le hace falta un rinconcito de mi casa, cuente V. con él, pero no haga V. niñadas, porque le soltaré un capón.

(El señor A).—El que chochea es V. ¿A qué vienen esas mamarrachadas?

—A demostrarle que la criada es respondona... Me amenaza usted, y yo me limito a recordarle los huesos que le han quebrado... y los que le quebrarán, si no se pone V. un poco más razonable.

(El señor A).—¡Lo veremos, don Subrio, lo veremos!

—Los pocos sanos que conservan, sí, veremos cuándo se rompen; en cuanto a los ya quebrados, no los veremos, sino que los hemos visto.



El aviador francés Pégoud antes de emprender su último vuelo



Soldados argelinos (mahometanos) prisioneros en el campo de concentración de Zossen (Alemania)



La juventud alemana ayudando en las faenas agrícolas



Trincheras alemanas en los lagos mazurianos; delante se ven las alambradas

(El señor A).—Y V., que se precia de humano, se regocija de ello.

—Pues ¿qué quiere V., que le dé un caramelo? Me amenaza V., quiere V. intervenir en mis negocios y he de poner buena cara? En su casa sea V. tan fanfarrón como guste, pero en la mía todavía tengo algunas estacas.

(El señor A).—¿Desde cuándo se ha vuelto V. tan bravo?

—De menos nos hizo Dios. Siga V. en paz su camino, como yo el mío.

(El señor A).—Si no le conociera a V. de antiguo, le diría que ha adoptado V. una actitud y un tono demasiado insolentes.

(El señor B).—¡Señores, les desconozco a ustedes! ¡Haya calma!

—No se alarme V., señor B, eso no ha sido más que literatura. El señor A hablaba en nombre de un bravo de guardarropía, y yo he seguido la cuerda. Pero sabe bien el señor A que soy incapaz de reñir con él, porque, aunque diga lo contrario, es tan enemigo como yo de los huéspedes molestos y de los seres impertinentes. ¿Qué me dicen ustedes de la ayuda de los aliados a Serbia? ¡Qué afán de ocupar islas y puertos griegos! Estos sí que van a pagar el pato.

(El señor B).—Todo se les devolverá religiosamente.

—Me río de la religiosidad británica y gala, que hace servir a los obispos como soldados. En cambio ¡qué manera de defender al cardenal Mercier! Bien ha hecho el pobre señor permaneciendo en Bélgica. Los sacerdotes de Bélgica y Polonia permanecen en sus puestos y entregados a su ministerio; dígame V. dónde están los de Francia. ¡Cuán cierto es que se ve antes la paja en el ojo ajeno que la viga en el propio!

(El señor A).—Ha venido V. muy agresivo hoy, don Subrio.

—Será efecto de la primavera; y también de que me voy hastiando de oír las mismas palabras y los mismos argumentos hace veintiún meses. No hay paciencia que lo aguante. ¡Qué daría yo por un poco de sinceridad! Los alemanes, más viriles, no se recatan de manifestarse propicios a la paz. ¿Por qué no dicen ustedes lo mismo, si lo desean todavía más que los alemanes?

(El señor A).—Antes, es necesario obtener la victoria final.

—¿No he de ponerme nervioso, señor A? Ha tomado V. los ensangrentados campos de Europa como el escenario para representar una comedia. Las gracias, cuando se repiten, resultan monótonas y atacan los nervios. Sea V. franco, señor A, ¿no está V. har-to de la guerra?

(El señor A).—¡Francamente, sí, señor! Pero no tengo autoridad para declararlo; no dan la señal los directores, y he de hacer de tripas corazón. Y aquí, en el seno de la confianza, le diré a V. que me apes-tan los del Isonzo, huelen mal los del Duina y del Strypa, no puedo con la ordinariez de los balkánicos y... y... y...

(Don Subrio, mirando al señor B).—¿Qué tiempo tenemos esta tarde, señor B?

(El señor B).—Muy hermoso; el cielo está despejado...

—Sin embargo, me parece que por allá asoma una nubecilla; no sería extraño que al final de la jornada estallara una tormenta. Veo nervioso al señor A, yo también lo estoy, y sólo V. se encuentra tan plácido como de costumbre.

(El señor B).—Los negocios me van bien y no tengo motivo que turbe mi tranquilidad. Estoy encantado de la vida.

—Por eso, precisamente, digo que se acerca la tormenta. La humanidad es así; la felicidad ajena causa envidia, y si además esa felicidad se ha obtenido a expensas del trabajo de otros, entonces...

(El señor A).—¿Vámonos, don Subrio?

—Ya sabía yo, señor A, que a la postre iríamos de acuerdo; los buenos amigos discuten, pero no reñan. ¿Quiere V. que invitemos a un tercer camarada?

(El señor A).—¡Jamás! ¡Antes morir que...!

—¡Todo se andará, señor A, todo se andará! Y si no ¡al tiempo!

SUBRIO ESCÁPULA

UNA FALTA DE LOS ALIADOS

De un artículo de Georges Bienaimé, en la *Guerre Social*, de París, tomamos los siguientes interesantes párrafos.

«Una falta, una grave falta de los aliados, es el haber olvidado el gran principio de las nacionalidades que nuestros gobiernos querían que sirviera de base a nuestra política, al principio de la guerra.

»¿Por qué nos batimos? Nos batimos, exclamaba Mr. Viviani, para devolver la libertad a los pueblos oprimidos; nos batimos para libertar a las nacionalidades sometidas a Alemania y Austria. No volveremos la espada a la vaina, afirmaba Mr. Asquith, sino después de haber libertado a Bélgica, a Alsacia-Lorena, la Polonia alemana y la Polonia austriaca, y suprimido el yugo de Austria sobre el Trentino y Trieste, sobre la Bohemia, sobre los pueblos eslavos y latinos que tiene bajo sus garras.

»Por delicadeza hacia el aliado ruso, los Gobiernos de París y Londres no hablaban más que de las dos Polonias alemana y austriaca y esperaban el gesto del Gran Duque. Por boca del generalísimo, Rusia prometió a Polonia realizar «el sueño de los abuelos y restablecer la Polonia unificada, libre en su lengua, su religión y su autonomía.»

»Libertad para los daneses del Schlesvig, libertad para los armenios de Turquía asiática, para los serbo croatas, para los rumanos, para los macedonios, para los albaneses, para los judíos, libertad para todos los pueblos ¡qué admirable programa, qué espléndido campo de acción!

»Pero esto era demasiado hermoso.

»Los gobiernos, llevados del entusiasmo maravilloso que transportaba a los pueblos, hablaban libremente, abriendo su corazón a las multitudes atentas, que se estremecían de esperanza y de temor, ante los acontecimientos bruscamente desencadenados, y eran sinceros y generosos.

»No habían consultado a los diplomáticos, ni interrogado a las oficinas; la voz de los «círculos diplomáticos» no había llegado hasta ellos, ni alcanzadoles la atmósfera de las «altas esferas». Hablan-

do con franqueza a las naciones que marchaban al combate y a la muerte, los ministros habían sido hombres simplemente. No lo fueron mucho tiempo, y bien pronto se hicieron otra vez diplomáticos.

»Diplomáticos, en efecto, aquellos caballeros de Petrogrado que insinuaron que la proclama del Gran Duque a Polonia no podía tenerse en cuenta, porque le faltaba la firma del emperador.

»Diplomáticos, aquellos funcionarios rusos que descubrieron ingeniosamente que la proclama no se dirigía a la Polonia rusa, sino a las alemana y austriaca.

»Diplomáticos, también, aquellos temibles sofistas que tuvieron la idea de encontrar en la Galizia rutena un país ruso, en Lemberg, vieja ciudad polaca (1), una población rusa, en la religión rutena uniata una religión ortodoxa, y que, durante los diez meses que se mantuvo la ocupación rusa en Galizia, borraron por su intolerancia, su proselitismo y su torpeza, el papel simpático que Rusia habría podido representar en la Polonia austriaca.

»Durante todo el primer año de la guerra, la prensa búlgara, terriblemente celosa con respecto a Serbia, no cesaba de reclamar la Macedonia a los serbios.

»Al mismo tiempo, los serbios veían a los italianos reivindicar las orillas de la Dalmacia, país serbio; y los rumanos reclamar el banato de Témessvar, donde los serbios son muy numerosos.

»La misma Serbia invadió la Albania del Norte. La Rumanía veía a Rusia, triunfante en los Cárpatos, dispuesta a anexionarse íntegramente la Bukovina, cuya mitad era rumana de raza.

»La Italia no hablaba de devolver a los griegos las islas del Achipiélago; Rusia era incapaz de salvar a los armenios del exterminio; y Francia misma hubo un momento en que dejó creer que iba a labrarse una colonia en Siria.

»La prensa alemana y el parlamento alemán tenían derecho a mofarse de las pretensiones de los aliados hacia la justicia internacional y hacia la restauración de los pueblos oprimidos!

»Los pueblos oprimidos era Alemania quien iba a restaurarlos. Ella era quien devolvería Irlanda a los irlandeses, Egipto a los egipcios, la India a los indostánicos; ella la que libertaría a Polonia del «yugo ruso», así como a la Lituania, las provincias bálticas, Finlandia y Rutenia, sin hablar del pueblo judío, de los rumanos de la Besarabia y de los musulmanes del Cáucaso.

»Alemania es la que restituiría Marruecos a los marroquíes, Macedonia a Bulgaria, Trípoli a Turquía, Gibraltar a España y hasta Niza, Saboya y Malta a Italia, si supiera obrar.

»¿Guerra de nacionalidades, guerra de justicia internacional, guerra de liberación de los oprimidos? Los aliados quisieran reír. El pueblo alemán, mandado por príncipes alemanes y guiado por el Dios alemán pudiera ser el único que siguiera la vía de la honradez alemana, aquella en que la nación alemana ha hecho siempre florecer la libertad alemana.»

(1) Lemberg es una ciudad ucraniana; hay otras nacionalidades dominadas por Rusia, como Ucrania, Lituania, Finlandia, etc. (Nota de la R.)

CRÓNICA MILITAR

I. Los límites de edad para el servicio activo.—II. El jefe supremo en nuestros días.—III. Los dos significados de la voz «ejército».—IV. En vísperas de las grandes operaciones.—V. Las operaciones en el Cáucaso.—VI. La situación el 24 de abril

I.—Los límites de edad para el servicio activo

Se ha discutido estos días en la Cámara francesa un proyecto de ley rebajando la edad para el retiro a los generales y jefes. Se propone que los generales de división—categoría máxima en la actualidad en el generalato francés—se rebaje de 65 años a 62; la de los generales de brigada, de 62 a 60, y la de los coroneles, de 60 a 59. Los jefes de Ejército podrán servir hasta los 65 años.

Por lo demás, la Cámara francesa rechazó el proyecto de ley, por considerar que la rebaja de edades era insuficiente y debía de abrazar un número mayor de años.

Ciertamente que el asunto, interesante y de perpetua actualidad, parece poco oportuno en las presentes circunstancias, hallándose Francia empeñada en una gran guerra, y utilizando los servicios de no pocos generales que habían pasado o debían de pasar a la reserva y están mantenidos en activo. Para no citar más que algunos nombres muy conocidos, bastará decir que los generales Joffre, Castelnau, Galliani y Pau, tendrían que entregar a otros los mandos que ejercen, y que el caudillo que hoy goza de

más popularidad en Francia, el general Petain, defensor de Verdun, habría sido retirado de coronel en 1914, sin que hubiera tenido ocasión de demostrar sus talentos que, en poquísimos meses, le llevaron a la cabeza de una brigada, una división, un cuerpo de ejército, un ejército y, hace ya bastante tiempo, un grupo de ejércitos. Hay, por consiguiente, motivo para creer que no andan muy lejos de la verdad las sospechas que apuntan algunos periódicos franceses, de que el proyecto de ley va dirigido contra algunas personas, a las que se despojaría de sus mandos dulcemente, sin conmover a la opinión y sin provocar murmuraciones. Ello no nos interesa, y no es lo que aquí debe de ser comentado; como tampoco es este lugar propio, ni habría sitio bastante para discutir en totalidad el problema.

Baste señalar uno de sus puntos de vista, completamente equivocado y apartado de la realidad. La aptitud física es indispensable en el ejército y la vejez es incompatible con ciertos destinos, pero no se requieren las mismas dotes de vigor corporal para mandar una brigada de caballería que otra de artillería, por ejemplo. Tal general, que por su edad no estaría en condiciones de dirigir una exploración o una algará o ponerse al frente de una carga, po-

dría perfectamente asumir el mando de la artillería de un cuerpo de ejército o encargarse de una brigada de infantería. Por esto en ciertos países—Rusia—las edades para el pase a la reserva, no son las mismas en todas las armas. Si se establece un límite común, se cae indefectiblemente en uno de dos inconvenientes inseparables: retirar del servicio activo (con perjuicio para el Erario público y menoscabo para el Estado, que se priva de las funciones de hombres todavía capacitados para algunos mandos), a todos los generales que lleguen a la edad juzgada límite para el arma más maniobrera; o conservar en las filas, si se extiende el límite común al de los servicios más sedentarios, a generales que no podrán desempeñar los mandos propios de sus conocimientos y experiencia; entonces, se consagra el principio contrario al de la aptitud física y se corre la contingencia, casi la certidumbre, de no poseer jefes aptos en número suficiente, precisamente para algunos de los cometidos más delicados y que no admiten espera.

Hay otro aspecto aún, mucho más importante. Si es verdad que la guerra moderna exige en el alto mando gran vigor físico, más verdad es todavía que se requiere mayor suma de ciencia y más hábito de manejar tropas que antes, y que cada siglo que transcurre, hace más cómoda la dirección de la guerra, hasta el punto de que los generales hoy más jóvenes, vigorosos y fuertes, no podrían soportar una campaña por el estilo de las desarrolladas por los antiguos romanos; en compensación, a la edad de los más célebres generales de los tiempos pasados, casi ninguno de ellos habría atesorado los conocimientos y la práctica que hoy son necesarios para la guerra.

Con la edad se debilita la voluntad y el carácter: pero no existe ejército donde se desconozca quiénes son aquellos de sus generales que conservan, por encima de los años, tan hermosas e inapreciables cualidades.

El recuerdo de los famosos mariscales de Napoleón, de 47 años el que más, es un argumento que suele esgrimirse con éxito ante el público no profesional. Un simple comentario: aquellos mariscales, salvando excepciones, limitados a cometidos especiales, eran una pléyade de perfectas inutilidades, cuya vacuidad se hizo patente cada vez que les faltó la guía y dirección del curso inmortal.

Con todo es innegable la necesidad de fijar uno o varios límites a las edades de los jefes superiores; sólo que esos límites no deben de ser en modo alguno graduales. Hasta el mando de la división inclusive, el general ha de montar a caballo, galopar, si es preciso, velar o dormir poco en ocasiones, vivaquear o acampar, y ponerse al frente de sus tropas y marchar a la muerte con ellas cuando la gravedad de la situación se acentúa. No está en el mismo caso un comandante de cuerpo de ejército y menos aún el de un ejército, que dirigirán las operaciones desde un punto situado 15, 20 ó 100 kilómetros a retaguardia, que no tendrán, sino por excepción, que montar a caballo, que dispondrán de Estados Mayores completos y oficiales a cuyo cargo correrán las minucias y todo lo diario y normal, y que, por conveniencia del servicio y de la buena marcha de las operaciones, tendrán que permanecer fijos a menudo o moverse poco y lentamente, aun violentando sus deseos e

impulsos. No es la movilidad y la juventud lo que necesitan, sino el entendimiento.

En este concepto, los límites de edad han de estar en armonía con los mandos y los destinos. Es más viejo un general de brigada de 60 años, que un jefe de ejército de 70; un comandante de división de caballería de 62 años, que el de un cuerpo de ejército de 68. Este punto de vista no se ha tenido presente en la ley francesa.

Además, es tan difícil el mando de las grandes unidades, que conviene se llegue a él con la debida preparación, y, una vez escalado, sea desempeñado con relativa permanencia. El jefe que en un período de tres o cuatro años, como pretende la ley francesa, o aunque sean diez, ha de pasar por la jefatura de un regimiento, brigada, división y cuerpo de ejército, raro será que la ejerza con plena eficiencia. El cambio de comandante de una compañía, de un batallón, hasta de un regimiento, no implica trastornos en la solidez del ejército, pero no acontece lo mismo en las unidades estratégicas.

Finalmente, es muy útil disponer de algunos generales jóvenes, realmente jóvenes, para misiones especiales y como ejecutores; pero lo que importa es poseer otros, por lo menos en igual número, encanecidos en el mando, que no necesitan del caballo, pues les basta con el tren y el automóvil, y a quienes rodea el prestigio que se les acrecienta con la ancianidad y que tanto contribuye a formar la tradición y el espíritu de la colectividad.

En resolución: si en las primeras jerarquías del generalato puede rebajarse, sin notorio inconveniente, el límite de edad, ha de dilatarse en los últimos grados, para asegurar la continuidad y fijeza de los mandos supremos; de otro modo, no habrá seguridad de tener buenos generales, porque les faltará la práctica necesaria y carecerán del tiempo preciso para ganarse la confianza de sus tropas. Hay que ser muy prudente también en el establecimiento de la edad mínima, para generales de brigada y división; si algunas naciones actualmente beligerantes consideran a los hombres de 48 años aptos para empuñar un fusil y servir como infantes, ¿podrá sostenerse que a los 60 años un general de brigada está inútil para desempeñar un mando activo?

Estas consideraciones, superficiales, porque sólo de soslayo he tocado el problema, son tan palmarias, que no puede menos de sorprender el olvido en que se las ha tenido en la ley francesa, cabalmente cuando la experiencia y las enseñanzas de una dolorosa guerra, debieran de haber familiarizado a nuestros vecinos en los asuntos militares.

II.—El jefe supremo en nuestros días

Las personas que tienen de la guerra el concepto novelesco de que tanto abusaron algunos escritores, semi-historiadores, semi-literatos, del siglo pasado, contemplan con asombro la tranquilidad y desenfado con que se apartan de sus ejércitos los generales Haigh, Cadorna y Castelnau, como antes Mackensen del suyo y constantemente de todos o algunos el jefe de Estado Mayor del Kaiser. Parece que no se concibe un general sino pendiente del teléfono, del telégrafo, de los ayudantes y estafetas y dictando órdenes cada cuarto de hora. Si tal hiciera, no tardaría en azotarle la derrota, nacida del desbarajuste y des-

concierto en las tropas de su mando. Los métodos alemanes, mejor o peor seguidos y observados en todas las naciones, tienden, como repetidamente he dicho, a despojar la dirección de la guerra del sello personal, substituyéndolo por la fuerza de la doctrina.

El jefe de ejército de nuestros días, está mucho menos atareado de lo que vulgarmente se cree, en las relaciones con sus subordinados. Necesita todo su tiempo para dedicarlo al estudio, a la meditación y a sus resoluciones; éstas se traducen en pocas palabras, que a medida que van descendiendo desde las unidades grandes a las chicas, se concretan, toman forma práctica y se truecan en hechos. Hoy Napoleón, no mandaría como lo hizo; hasta los mismos rusos le derrotarían. El jefe no ha de ahogar la personalidad de sus subordinados; ha de ceñirse a guiarles y corregirles, reservando su intervención directa para casos muy graves. Pero lo que economiza en *cantidad* de órdenes y mandatos, lo concentra en la *intensidad* y *profundidad* de sus disposiciones. Una equivocación es más difícilmente reparable ahora que cincuenta años atrás. La máquina es más compleja, más pesada y más vasta, y una vez puesta en movimiento, no hay casi medio de variar su impulso. Por eso es cada día más complicado y difícil el alto mando; ha de sintetizar mucho y mover las piezas previendo todas las hipótesis, sin largas disquisiciones ni profusas explicaciones. Las órdenes más trascendentales de esta guerra, puede asegurarse que no ocuparían una página de esta publicación; y como se prodigan poco, pero en cambio se meditan mucho y lo abarcan todo, incluso—lo que es inexplicable para los no profesionales—lo imprevisto, no es menester que los jefes supremos permanezcan en las tiendas de campaña y malgasten su actividad expidiendo muchas órdenes y oyendo a innumerables oficiales. Tienen a su alrededor la criba de su cuartel general.

III.—Los dos significados de la voz «ejército»

Supuesta breve la duración de la guerra, no cabe duda que todos o los más de los hombres útiles debieran de verterse en el ejército. No otra era la tendencia del principio de la «nación en armas», aplicado al elemento personal. Pero desde el punto en que la guerra se prolongó, y a un mes sucedió otro y a un año un segundo año, resultó imposible la aplicación de aquel principio, toda vez que, si necesario era luchar para obtener la victoria, más necesario todavía era vivir, ó, lo que es lo mismo, continuar explotando el trabajo nacional, por lo menos en la parte indispensable para la existencia de la nación, y, por lo tanto, del ejército. El problema, sencillo y simple en un principio, se complicó, y subsiste todavía como tal problema en los países que no han sido lo bastante previsores para resolverlo antes de que se presentaran sus efectos.

Alemania, con el método y el orden que caracterizan todas las ramas de su administración, se preocupó desde los primeros meses de que no sufriera interrupción la actividad del Imperio; tanto como del ejército, se acordó de la necesidad de roturar y cultivar los campos, de acrecentar la potencia productora de las fábricas e industrias de material de

guerra, de recoger y distribuir previsoramente las primeras materias y determinados artículos de alimentación, de preparar nuevas promociones de oficiales, en número asombroso; en una palabra, de que el país, normalizando en lo posible el régimen de vida interior, se encontrara en estado de bastarse a sí mismo y de servir al ejército.

Para Inglaterra no ha habido en realidad problema, porque como no ha implantado todavía el servicio obligatorio general, le sobran hombres para todo; sin embargo, ha acudido a las mujeres, con resultados muy satisfactorios, en ciertas industrias y para determinadas labores públicas.

Tampoco Rusia ha pasado por esta crisis, en consideración a su enorme población masculina. Las dificultades, algunas insuperables, con que ha tropezado en la fabricación de material de guerra y la escasez de varios artículos de primera necesidad, provienen, las primeras, de la carencia absoluta de especialistas y de elementos de fabricación, y las segundas, de estar cerradas las vías por donde se efectuaba el comercio de importación. Ha tenido que recurrir al auxilio extranjero, de Inglaterra, Estados Unidos y Japón, con poco éxito, pero aceptando lo que se le entrega, porque no tiene opción para otra cosa.

La realmente equivocada ha sido Francia, según ahora van descubriendo los periódicos de la nación vecina. No había comprendido, como las demás naciones de Europa, salvo Alemania, que implantó la doctrina, el alcance de la teoría de «la movilización de las energías nacionales». La creyó de aplicación exclusiva al ejército, y vertió en él todos los hombres útiles. Ciertas excepciones y dispensas, prestándose al abuso, dieron lugar a la gangrena de los llamados «emboscados», que provocó la reacción contraria: manifestóse la intransigencia, se observaron con inusitado rigor las disposiciones oficiales, y, como consecuencia, sobrevino la paralización del trabajo y la fabricación del material de guerra tropezó con inmensas dificultades. La realidad acabó por prevalecer; fueron retirados del frente muchos obreros especialistas y hábiles, y las industrias de aplicación militar se desahogadamente: pero no sucedió lo mismo en otros órdenes de la actividad. Faltan brazos al campo y a una porción de labores sin las cuales no es posible la vida de la nación, por lo que se están actualmente estudiando los modos de poner remedio a un estado de cosas que conducirían a la ruina de Francia, aunque saliera triunfante de la guerra. Es de esperar, por consiguiente, una nueva remoción del personal de los cuerpos, con los inconvenientes y desequilibrios, materiales y morales, que esto lleva inevitablemente consigo, y sin que los resultados sean en ningún caso completamente satisfactorios, como no puede serlo la determinación de última hora, a destiempo y pasada la oportunidad.

Los reclutas, mejor dicho los mozos, porque la ley normal no los considera como reclutas, de diecinueve años, están recibiendo instrucción militar y algunos están ya en el frente; ha comenzado la llamada de los mozos de dieciocho años, y entre tanto, se reconoce la necesidad de que una parte del elemento masculino no participe en la guerra y se dedique a otras atenciones que en modo alguno cabe desatender.

Alemania, con guerra en tres teatros, mejor prevenida, acaba de licenciar a los soldados de la *landsturm*, de las dos clases de más edad, es decir, que cuando en los países aliados se anuncia el agotamiento en hombres de Alemania, este Imperio prescinde voluntariamente de utilizar algunos millares de ellos, más de doscientos mil, aunque la ley le autorizaba para retenerlos en filas.

De donde se colige que el secreto no está en poseer el número de hombres, en general de elementos de guerra, sino en su acertada distribución y empleo, labor que, si se deja para cuando la guerra estalle es casi seguro que será mal resuelta, pero que tendrá fácil solución si se aborda con tiempo, pensando en lo porvenir. Alemania y Francia nos presentan, pues, las dos facetas del cuadro: previsión extendida a todos los órdenes de la vida nacional, la primera; previsión limitada al cuadro restringido del ejército, tal como se le entendía antes de agosto de 1914, la segunda. La diferencia de los resultados es tan notoria, que bien claro se advierte dónde estuvo el acierto. Alemania dió a la voz ejército el alcance de «nación»: Francia no le consideró más que como una parte del país, y descuidó las demás.

IV.—En vísperas de las grandes operaciones

Se acerca el mes de mayo y con él las operaciones que habrán de poner término a la campaña de este año y, casi seguramente, también a la guerra. Los aliados han anunciado con insistencia una acción ofensiva, simultánea y general en todos los frentes; los propósitos de los germanos, han sido siempre los hechos los que se han encargado de revelarlos. Pero como la última esperanza militar de los aliados está en esa ofensiva concordante, lógico es admitirla como base de lo que sigue.

Puede tenerse la certeza de que los germanos no se resignarán a perder la iniciativa, que tan excelentes ventajas les ha proporcionado, y como es imposible que ataquen a fondo en todos los frentes, es probable que combinen sus golpes en unos teatros con operaciones en otros que paralícen la ofensiva de sus adversarios. El más temible, y no se recatan de declararlo los alemanes, es el ejército francés; las operaciones contra Verdun han inutilizado esta fortaleza como punto de partida, muy adecuado, para una acometida francesa y han descompuesto los preparativos que acaso estuviera ultimando el alto mando francés; se necesitarán seis o siete semanas para que el general Joffre restablezca sus líneas y disposiciones, y en este tiempo pueden muy bien los alemanes decidir la campaña en otro teatro. Es muy dudoso que los ingleses se decidan a una ofensiva enérgica; por lo tanto, gracias a las batallas de Verdun ha quedado conjurado, en lo que cabe, el peligro para los alemanes en el O.; dispondrán de algún tiempo, que aprovecharán en otra parte.

Si, como parece, se ha despejado la incógnita de Rumanía, la actividad austro-alemana se desarrollará en el Strypa y Dniester, a menos que los rusos, por temor a este ataque, debiliten sus fuerzas del Duina y ofrezcan una buena oportunidad al general Hindenburg. Dentro del mismo supuesto de haberse afirmado la amistad de Rumanía, tiene muchas más probabilidades que antes el ataque a Salónica,

que tal vez podría conducir a un cambio de actitud de Grecia y aún de Italia; militarmente, está igualmente indicado el ataque a Valona, que iría acompañado por una contraofensiva en el frente italiano. Se ve, pues, que todo cabe dentro de lo posible, pero como no es admisible la idea de una tripe ofensiva austro-alemana contra Rusia, Italia y Salónica, puesto que los Imperios centrales están aplicando en toda su pureza el principio de la concentración de esfuerzos, sólo una de las dos potencias, Rusia o Italia, será la atacada; en la Macedonia griega las operaciones pueden llevarse con más lentitud, dada la imposibilidad en que se encuentran los aliados de llevar allá, rápidamente, una gran masa de fuerzas con todo su material.

Las enseñanzas del pasado inducen a creer que Rusia será la que tendrá que soportar los nuevos golpes de los austro-alemanes; pero he de repetir que la guerra ha llegado a tal estado, que las razones de orden político son ahora las que preponderan sobre las estratégicas, y ellas acaso den un giro inesperado, y hasta cierto punto anómalo, a los acontecimientos cuyo desarrollo se está preparando con la mayor actividad. De aquí la grande expectación que despiertan y la ansiedad con que se esperan, porque una nueva victoria de los Imperios centrales acabaría, probablemente, la guerra, mientras que un fracaso la prolongaría, uno o más años más.

V.—Las operaciones en el Cáucaso

Muchos días llevaban los rusos detenidos al Norte de Trebisonda, sin conseguir franquear el río Deve, y parecía que aquella plaza podría sostenerse todavía algún tiempo, cuando el avance de los moskovitas a lo largo del Tchorok y un súbito desembarco, apoyado por la flota del mar Negro, indujo a los turcos a evacuar Trebisonda, replegándose la guarnición en dos masas, una hacia el S. y otra al Sudeste. Han conquistado, pues, los rusos, el segundo grande objetivo de su campaña. Militarmente, es más importante Erzerum que Trebisonda, pero esta última ocupa el primer lugar desde el punto de vista comercial. Dominado el mar Negro por la escuadra rusa, en los últimos meses había perdido Trebisonda gran parte de su importancia, nacida de ser aquel puerto el centro obligado del comercio de importación y exportación de la Armenia occidental; en manos de los rusos, habrá de facilitarles extraordinariamente el abastecimiento de sus ejércitos, que se hacía con grandes dificultades a través de la frontera caucásica. Esta misma circunstancia de corresponder a Rusia el dominio del mar Negro, entorpecería un contraataque de los turcos, suponiéndoles capacitados para emprenderlo en el resto del frente, de suerte que ha de serles más difícil la reconquista de Trebisonda que la de Erzerum.

Apaciguados los alzamientos en el N. de Persia y dueños los rusos de casi toda la Armenia, puede decirse que la campaña ha terminado virtualmente; Turquía ha sido derrotada, y si el vencedor se limita a defenderse en el nuevo frente que ocupa, los turcos tendrán que hacer esfuerzos, tal vez superiores a sus fuerzas, para recuperar lo perdido.

Es dudoso, sin embargo, que el invasor haga alto y se dé por satisfecho con sus éxitos, no despreciables. Inglaterra, que no consigue despejar la situa-

ción en Mesopotamia, y Francia, que quisiera descartar de la contienda a Bulgaria, invita a los moskovitas a proseguir su marcha hacia el S., por el litoral, según las peticiones francesas, descendiendo el valle del Tigris, según las conveniencias británicas, y en la continuación del avance es donde está el peligro para los rusos. A medida que se internen en Turquía asiática, será mayor la hostilidad con que les reciban los habitantes, el abastecimiento se dificultará, se necesitarán más tropas, se extenderá el frente con perjuicio del concierto en la maniobra y al defensor se le presentarán ocasiones de caer con sus masas concentradas sobre uno de los puntos débiles del atacante. En la Armenia oriental y al S. de Erzerum, los rusos apenas han avanzado en las últimas semanas, tal vez a causa de haber llegado refuerzos turcos al frente, bien porque consideran aquellos ganado su objetivo principal; no es tan probable que hagan alto en la región del litoral. Pero, más que lo futuro, que el tiempo se encargará de descubrir, nos interesa examinar lo pasado, porque esta campaña del Cáucaso se presta a algunos comentarios.

Aquellos otomanos que tuvieron a raya a ingleses y franceses en Gallípoli y lucharon con innegable heroísmo, a veces—en Suvla—con una inferioridad numérica abrumadora; los mismos turcos que han opuesto una barrera infranqueable a los ingleses en Mesopotamia, han sido batidos fácilmente en el Cáucaso, después de una breve campaña, tan feliz como torpemente dirigida, en territorio ruso. Las tropas de Gallípoli no desmerecieron de la reputación del antiguo ejército turco; rivalizan con ellas las de Mesopotamia; las de Armenia recuerdan la desorganización, el desconcierto y la imprevisión que presidieron la desgraciada campaña turco-balcánica de 1912-13. Sin embargo, la primera materia, el soldado, era la misma en los tres teatros. Pero, en Gallípoli, el carcomido tronco del mando, había cobijado al alma alemana; oficiales alemanes tomaron a su cargo la preparación y organización de la defensa, asumieron el mando directo de las tropas y servicios principales, y el mariscal Liman von Sanders, obró como general en jefe; así encuadrado y dirigido, el soldado turco volvió a ser el de antes. Algo o mucho de esto ocurre, de seguro, en Mesopotamia, mientras que al Cáucaso no han llegado los efluvios del espíritu alemán. Las tropas de Armenia no habrán sido abastecidas y pertrechadas como las de Gallípoli, el descuido y el fatalismo habrán prevalecido sobre la previsión y la atención siempre vigilante; así como en el estrecho el soldado sólo había de preocuparse de batirse, en el Cáucaso, como antaño en Tracia, Macedonia y Albania, habrá tenido que atender más de una vez a sus propias necesidades. La enseñanza es elocuente para quienes lo fían todo a la fuerza del número, y no aprecian otro factor de victoria que el número de combatientes: la capacidad y espíritu del mando tienen más valor, aunque es cierto que ese mando jamás puede improvisarse.

¿Cómo la Puerta, que tocó de cerca las ventajas de entregar la dirección de las operaciones en Gallípoli a los alemanes, se negó a seguir el mismo camino en Armenia? Si intervino la vanidad de algunos jefes o si fué imposición de los sentimientos religiosos exaltados del pueblo musulmán, no puede

saberse. Algo parece haber de cierto en las noticias que de vez en cuando llegaban de Constantinopla, refiriéndose a disensiones entre los jefes alemanes y turcos. Si el desastre no abre los ojos a estos últimos, otros quebrantos, tan serios como el de Armenia, aguardan a los otomanos.

Inexplicable resultaría, si no se tratase de Turquía, el desamparo en que se dejó a la región del Cáucaso; abortada la expedición a Egipto y no emprendido el ataque a Salónica, podía Turquía disponer de tropas aguerridas y numerosas; una parte de ellas se ha trasladado a Mesopotamia, pero hasta ahora no se ha advertido más que la presencia de algunos, pocos, refuerzos, en el centro y E. de Armenia. Ha tenido el alto mando tres meses para organizar la defensa en el N. y no los ha sabido aprovechar; si, por fin, se encargan de esta labor los alemanes, no tardaremos en ver sobrevenir cambios en la situación.

Por la manera como se está desarrollando la campaña, ha de creerse que los turcos no estiman decisivos los golpes recibidos. Si en Erzerum no aguardaron el ataque, Trebisonda ha sido evacuada antes de la acometida, es decir, que el mando sacrifica el objetivo geográfico a la conservación del ejército de primera línea. Los turcos retroceden, pierden territorios, pero no han recibido ningún golpe que recuerde aquellos tan frecuentes de las campañas de los austro-alemanes contra los rusos; tampoco las operaciones se parecen a las de la guerra de 1877-78.

En relación con la marcha general de la guerra, las victorias de los rusos en Asia perjudican, más que favorecen, su situación en Europa. Con fuerzas bastante reducidas hubieran podido mantenerse a la defensiva en el Cáucaso—y esto es lo que hicieron en los primeros once meses de la guerra—, pero una vez en territorio enemigo, ha aumentado su frente, han de guardar sus comunicaciones y precaverse contra una reacción turca. Rusia querrá, por lo menos, consolidar lo ganado, tendrá que repartir su atención entre el E. y el O. y no podrá subordinarlo todo al teatro europeo.

De aquí se deduce que ha mejorado indirectamente la situación de los alemanes en el teatro principal, el ruso; no acontece lo mismo en el secundario, el de los Balkanes, porque la derrota en Armenia es probable que impulse a los turcos a retirar tropas de Tracia, disminuyéndose así la ayuda que pudieran prestar en las operaciones contra Salónica.

El único beligerante favorecido sin distinciones es Inglaterra, tanto por la repercusión de aquellos acontecimientos en Persia y Mesopotamia, como por librarse de la amenaza contra Egipto.

VI.—La situación el 24 de abril

Las fuerzas inglesas que en Mesopotamia luchan por abrirse paso hasta Kut-el-Amara, se componen de dos divisiones. La del general Gorringe opera en la orilla izquierda o N. y la del general Keary en la orilla derecha o S. Manda el ejército el general Lake. El 9 de abril, después de un éxito fugaz, fué rechazada la división Gorringe (resultando herido este general) en las posiciones de Saunai-Yat; el 12 de abril, las tropas de Keary forzaron las

primeras líneas turcas al S. del río, trabándose una batalla que duró cuatro días, y terminó el 15 con la retirada de los ingleses. Otra tentativa, el 22, ha tenido la misma desgraciada suerte. Con todo, la situación de los turcos, que no han emprendido un contraataque en toda la línea, no parece ser muy despejada.

El mariscal von der Goltz, comandante en jefe del ejército turco del Asia oriental y meridional, ha fallecido en su Cuartel general víctima del tífus exantemático.

Al evacuar Trebisonda, los turcos retiraron todo el material de guerra, salvo seis piezas de 15 centímetros, que inutilizaron. La persecución por parte de los rusos se ha limitado a seguir a distancia al enemigo, sin trabar serio combate con él. En el resto del frente de Armenia no ha cambiado la situación.

Nada ha ocurrido digno de mención especial en los teatros europeos de Rusia, Macedonia y Albania. En el del Tirol, los italianos se han apoderado, después de destruirlas su artillería, de las obras del Col di Lana; no ha habido nuevas batallas.

Aunque se ha hecho más intensa la actividad de los beligerantes en el frente occidental, desde el mar al Somme, no se ha ejecutado ninguna operación seria. Insisten los periódicos ingleses en que a no tardar los alemanes tomarán la ofensiva, relegando a segundo término los combates en Verdun.

En tres transportes han sido conducidos a Francia y desembarcados en Marsella unos contingentes rusos que van a combatir al lado de los ejércitos franceses. El hecho, al ser conocido, ha causado asombro general; no se concebía cómo desde Rusia habían podido llegar al Mediterráneo occidental tropas rusas. Parece que la referida fuerza expedicionaria fué organizada a últimos del año pasado, y que desde el Extremo Oriente de Asia ha venido a Europa. La ayuda material que esas tropas rusas prestarán a los franceses no puede ser de consideración, dada la escasez de los efectivos, reducidos a unos pocos millares de hombres, ni se comprende tampoco el objeto real que persigue Rusia con ese auxilio. Es una demostración palmaria de la unión entre los dos aliados, pero ofrece el inconveniente de que pronto parezca demasiado pequeña a los franceses o excesiva a los rusos; ello depende del cariz que tomen las operaciones en los próximos meses. Los italianos, que también fueron invitados a colaborar con su ejército en los combates del frente occidental, se han excusado y tienen motivos fundados para declinar la invitación. La verdadera unidad de acción no es por estos procedimientos como se consigue, sino por el

concierto en el mando, y este concierto sólo es verdaderamente efectivo y provechoso cuando un jefe único tiene a sus órdenes a todas las fuerzas militares de la coalición; este ideal está muy lejos de ser alcanzado y no creo que se llegue a él. La presencia de un destacamento ruso en Francia es muy posible que sea un motivo más de desacuerdo que de íntimo enlace y estrecha solidaridad.

Los combates en la región de Verdun han disminuído en intensidad. En los últimos días han sido los franceses quienes se han mostrado más agresivos, habiendo emprendido varios energicos contraataques en las dos orillas del Mosa, sin resultado. No han sido más afortunados los alemanes en sus tentativas de avance, de modo que la situación permanece como quedó el 16 de abril. La artillería alemana sí despliega una acción enérgica, que se ha extendido al frente de los llanos del Woewre, sin que la hayan acompañado asaltos de infantería. ¿Langui-dece la batalla porque los alemanes están ultimando los preparativos para maniobrar en otro punto, o es que el nuevo ataque que se proyecta, por ser de más alcance, necesita una preparación más lenta y esmerada? Todavía no se puede contestar a estas preguntas. Lo probable es que la ofensiva de la primavera tenga lugar en Rusia o contra el frente inglés puesto que gracias a las batallas de Verdun se ha quitado a los franceses la libertad estratégica y se les ha privado de seguirse disponiendo para la ofensiva anunciada. Pero para que las próximas operaciones alemanas no sean entorpecidas por una reacción de los franceses, es menester que éstos continúen aferrados a las fortificaciones de Verdun, lo que obliga a los alemanes a mantener delante de esta plaza un ejército no despreciable y bastante artillería. No han de pasar muchos días sin que se despeje la situación, y entonces podremos estudiar en conjunto la significación y trascendencia de los sangrientos combates empezados el 21 de febrero ante Verdun.

El resumen de las operaciones de la semana última indica que nos encontramos en un período de aparente calma, precursora de una actividad que tal vez deje atrás a la que presencié el Oeste de Rusia desde mayo a septiembre de 1915.

Todas las naciones continentales anuncian su propósito de que la guerra concluya este año, y no puede terminar sin que nuevos y tremendos choques tengan lugar entre los ejércitos.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

25 de abril 1916.